# EL ROBO

POR

JESUS TORBADO

Parecerá un ingenioso juego de palabras si digo que estoy dispuesto a robar mi propio dinero. Estoy dispuesto, créame. Y no insinúo en la primera línea de mi relato que considero notable injusticia el escaso sueldo que me pagan por mis escritos o la desproporción en el reparto de riquezas. Esta y otras cuantas razones de mi modo de pensar las habrá encontrado mucho tiempo atrás, desde que sigue el hilo de mis artículos periodísticos y de mis relatos. Tampoco (le ruego ponga mucha atención en todo lo que voy diciendo, por su bien; sería una pena obligarle a releerlo todo desde un principio por culpa de sus acostumbradas distracciones en casos semejantes), tampoco utilizo aquí recursos literarios en los que, según la crítica, destaco; no utilizo la metáfora ni ningún otro truco, a veces conveniente, pero que en esta ocasión están bien de sobra.

Robar mi dinero significa ni más ni menos que apoderarme por medios astutos e ilegales de algo que me pertenece desde hace más de un año. Y tampoco en esta ocasión hago gala de simbolismos, hipérboles o sinonimias. La pertenencia de ese dinero, de cuyo robo comienzo por darle noticia, es radical y podría garantizarla con suficientes argumentos de índole filosófica. La propiedad de mi dinero me viene por derecho natural permisivo o derivado (secundario), *ius gentium,* y en casi todas las legislaciones actuales (entre las excepciones le insinúo que recuerde las de los países comunistas) se dedican algunos artículos a comentar la protección que por parte de los Estados tiene toda propiedad privada.

Confieso que nunca había estudiado estas sutilezas jurídicas hasta que no me decidí a posesionarme como fuera de algo esencial y absolutamente mío. Podía muy bien escribir con mayúsculas este pronombre posesivo, y si no lo hago, es por evitar una ofensa a la estética tipográfica; de todos modos, habré recabado suficientemente su atención sobre la palabra.

Pues bien, de momento no voy a explicarle los medios que usaré en mi trabajo ni los motivos que a él me impulsan. Sencillamente anoto un hecho (que, con toda lógica, trataré de justificar) y me permito reincidir en lo que ya he pretendido dejar claro: no es éste

un relato imaginario, en donde se me permitiría aprovechar cuantos elementos literarios conociese, aforismos e incluso sofismas, sino un informe concienzudamente preparado, antes de arriesgar mi piel y —lo que no es menos importante— mi reputación.

Si lo juzga usted desordenado, falto de equilibrio y solidez, demasiado parecido, en fin, a mis anteriores escritos, atribúyalo a la costumbre enraizada en mí de vivir de ellos y de convertir mi ingenio en pasto de ociosos. Pero esta vez deseo comunicar seriamente que dentro de muy poco tiempo (cuando concluya antecedentes y motivaciones) iré a robar mi propio dinero, dinero que me pertenece como a usted estas páginas que acaba de comprar, dinero profunda, básicamente mío.

PERO, VAMOS A VER, ¿POR QUÉ ES TUYO ESE DINERO?

No está bien impacientarse, debo advertirle. Si he sido prolijo hasta ahora, ruego me perdone, y ya que tiene obligación de continuar, seguiré con mi tono pausado y ciertamente sereno. Mi dinero me pertenece —y en esto, ya le dije, poseo irrebatibles argumentos— porque lo gané. Decente y honradamente, por supuesto.

Habrá leído en alguna entrevista mía que pasé muy malos momentos al comienzo de mi carrera literaria. En efecto, esos malos momentos se han prolongado hasta hace poco más de un año y se han repetido no mucho después, acontecimiento éste que me ha llevado a la situación actual. Mi juventud no me ha permitido ser rico, no porque gaste profusamente mi dinero, sino porque obtengo poco. A esto viene que le insinuara más arriba mi propósito de no divagar sobre injusticias sociales ni cuestiones afines. Soy pobre, y mis quejas a los culpables de ello no van a ser vertidas aquí: no tema, pues, si algo había de tocarle. Por lo demás, sería totalmente inútil. ¿Acaso no he repetido cerca de cincuenta veces —acaso más— en diarios y revistas las malas retribuciones de que yo y muchos como yo somos objeto? ¿Y qué? La prensa se lee durante el desayuno y a nadie se le ocurre preocuparse hasta el punto de alterar su digestión. Que atienda cada uno a sus personales problemas debe de decirse con toda prudencia.

Soy pobre, pues. Y me he acostumbrado a añadir que en ello no hay ninguna vergüenza; así, pues, lo añado, aunque no esté en absoluto convencido de ello. Mi vida ha sufrido altibajos económicos apenas perceptibles. Las pensiones resultan caras y el precio de los artículos periodísticos no ha subido desde que compuse el primero de una serie ya larga y —me refiero a su ulterior utilidad— triste.

Mis necesidades nunca han sido de consideración, pues aborrezco la elegancia —usted me perdonará—, y el círculo de mis amistades es lo bastante reducido como para no implicar un dato desfavorable en mi administración. Como, por otro lado, vivo aislado y sin compromisos de ningún tipo, lo poco que a principios de mes cobraba en los periódicos en que se aceptaban mis colaboraciones alcanzaba a cubrir honestamente mis desgastes físicos y morales. Es decir, todo discurría para mí según cánones razonables, y si alguna oportunidad tuve que enriquecerme, me pasó tan inadvertida como los apuros de algún final de mes imprevisto.

Todas menos una, y con esto me decido, finalmente, a responder a su pregunta. Me enteré de un concurso literario de segunda categoría y rompí con mis prejuicios, dispuesto a llegar a la fama del modo más urgente y seguro. Presenté una novela corta y deshilvanada, escrita cuando no había cumplido los dieciocho años. No se me ocurrió solicitar recomendaciones, y le confieso que para el tiempo del fallo ya me había olvidado por completo de aquel manojo de folios mecanografiados por la única amiga que tuve en mi vida: Angelines. Pero no quiero hablarle de ella, perdone. La cantidad otorgada por los organizadores era más que mediana y suficiente, desde luego, para alterar mis pulsaciones.

La gloria del primer premio se quemó en una semana. Sólo quedó el cheque y una promesa de mis compañeros de trabajo de prestarme más atención a partir de aquel instante; tonterías. Cambié el cheque en seguida para invitar a Angelines. Cenamos juntos y entramos en la sala de fiestas más cara. No sé para qué, a decir verdad, pues, una vez dentro, me di cuenta de que no había tenido tiempo de aprender a bailar, y ante el temor de aparecer ridículo a la única chica que, además de considerarme un tanto loco —justamente como soy, a mi juicio—, me quería un poco, fingí un especial dolor de cabeza y salimos a pasear por entre los árboles de un parque vecino.

¡ALLÍ PERDISTE TODO EL DINERO!

Recuerdo el placer de recibir sobre el rostro la sombra de las hojas del mismo tamaño, ya que se conservarían hasta el otoño. La luna era lechosa. La brisa veraniega parecía arrastrar un polvo de estrellas blanco y fresco. Anoto, porque es ahora cuando me doy perfecta cuenta de ello: que la celebración de aquel premio, acompañado por la pequeña Angelines, fue el más grande gozo que recuerdo de mi vida.

Por lo tanto, no hubiera sido lógico perder en semejante agradable coyuntura el resto del dinero, como supone. Por otra parte, solamente

llevaba encima una parte mínima, dispuesto a consumirla alegremente aquella noche; la importante cantidad a la que me vengo refiriendo la dejé oculta bajo un ladrillo de mi habitación, sobre el que apoyé una de las pesadas patas de la cama de hierro, archivo de mis secretos sueños. (Si usted conociera a mi patrona, no pensaría que hice el ridículo.) Así, pues, nada perdí en aquella ocasión y —como diría en cualquier otro relato— todo fue ganar.

Providentemente había pensado comprarme con el importe de mi galardón una moto, que, ciertamente, maldita la falta que me hacía; pero venía a satisfacer mi vanidad, y puesto que estaba habitualmente bastante solo, quise tener alguien en quien confiar el peso de mi cuerpo y por extensión (esto es una metáfora) el de mi alma. La única que podía disuadirme de la absurda idea era Angelines y, nunca sabré por qué, no lo hizo. Juntos imaginamos un viaje por diferentes lugares, felices y, en cierto modo, individualizados uno en el otro —no sé si me explico—, gracias todo ello a la moto oculta (también metafóricamente) bajo un ladrillo de mi pensión. Una moto —me decía a mí mismo—es un instrumento de trabajo tan imprescindible en esta época como una máquina de escribir o una corbata. Yo tenía máquina de escribir y una vieja corbata azul, que solamente usaba al presentarme ante los directores de periódicos con mis escritos; ¿por qué, si también poseía dinero más que suficiente, no había de tener una moto?

Desde el primer momento de mi decisión, y con un curioso automatismo elegí la marca y el modelo. Sería nueva y de tal color. (N. B.: En la elección de color participó más que la mía la opinión de Angelines.) Todo quedó dispuesto y acabado en aquel paseo nocturno. Por fin, la moto iría pregonando públicamente mi holgura económica, mi buena disposición para el futuro y mi definitivo entronque en la sociedad de los hombres, precisamente en su estamento más vilipendiado por mí: la burguesía. Ahora ya no me importaban demasiado sus concepciones históricas e ideológicas. La moto —mejor: yo sobre la moto— iría pregonando...

## Ya caigo: te robaron la moto

Permítame. El estamento social en que la moto había de colocarme había de estar preparando mi recepción o, para hablar más modestamente, debía yo preparar algunos extremos antes de... El permiso de conducir era uno de ellos. Nunca había tenido ocasión de sujetar entre las manos el volante de un vehículo motorizado; alguna vez monté en bicicleta cuando vivía en el pueblo, pero eso no indica, en efecto, nada. Por lo demás, notaba en el alma una sensación feble

y acuosa, un poco tonta, es verdad, motivada por la seguridad y fijeza económicas. El dinero oculto respondía —respondería, en caso de necesidad— de que yo era una persona aceptable, ecuánime y digna. A menudo aborrecí a los ricos por creerse siempre esas cosas que estos días me hacían otro hombre. Tan visible debió de ser mi cambio, que Angelines estuvo enfadada conmigo algún tiempo y parecía defraudada o triste cuando explicaba que yo era menos loco y la cordura no se avenía bien con mi rostro y mis maneras.

Empecé a preocuparme extrañamente por el posible peligro de mi fortuna (nunca tan importante como el desarrollo de esta historia obliga a entrever), oculta dos semanas hacía ya en lugar tan inadecuado y pasado de moda. Mis pensamientos se herían mutuamente, se arañaban, en busca de una solución. Se me ha escapado esta metáfora, y al advertírselo, aprovecho para rogarle que no sonría misericordiosamente ante esta preocupación mía. Reconozca su ineptitud para pensar rectamente en este caso, ya que su buena posición no le ha deparado ocasiones tan mínimas de vulgar desasosiego como la que voy narrando. Así, pues, no se burle si le digo que una noche me levanté temeroso, desenterré el dinero y dormí con él oculto en el bolsillo del pijama.

A la mañana siguiente, antes incluso de pensar cómo llenaría la jornada, cosa que suelo hacer mientras me lavo (de aquí le será fácil deducir que al levantarme y manejar el dinero no me acordé en absoluto de pasar por el lavabo común de la pensión), salí a la calle llevando en el bolsillo del pantalón el puño cerrado sobre los cálidos billetes.

Entré en el primer Banco que vi. Su fachada era noble y elocuente.

—Necesitaba guardar cierto dinero —dije tímidamente a un conserje que pegaba sellos en una mesa cercana a la puerta de entrada.

—Al fondo —respondió sin mirarme.

Atravesé corros de hombres severos y yo diría que tristes. Hablaban de temas difíciles, a juzgar por la oquedad que sus palabras dejaban en el aire, y no se fijaron en mí ni en mi mano escondida, cuya palma segregaba ya un sudor pegajoso y molesto. Yo iba observando el mosaico gris, sobre el que daban ganas de deslizarse; a trechos se reflejaba la sombra de mis pantalones bamboleantes de tal modo que me sentí sobrecogido al imaginar un doble monstruoso cuerpo en un alma única y —lo que era peor— para un solo puñado de dinero.

Sentí un horror anacrónico ante el número de ventanillas acristaladas, tras las cuales me miraban, o parecían mirarme, hombres, como los anteriores, graves, solemnes e imperturbables. El más risueño, a mi juicio, tenía bigote y me escuchó con cortesía.

—¿Prefiere cuenta corriente o libreta de ahorros?—preguntó.

Elegí lo segundo, porque me parecía más comprensible la palabra «ahorros» que las demás.

—Allí le darán. Pida un impreso.

El empleado me ayudó a llenarlo.

—Es preciso ser mayor de edad, pero deje en blanco el apartado correspondiente y no nos daremos por enterados—dijo.

—Para meter dinero no hay problemas, ¿eh?—le contesté yo. Debí de hacerlo muy atolondradamente, pues su mirada me advirtió de que acababa de cometer un grueso error. Me estaba favoreciendo sin obligación de hacerlo, y yo expresaba mi agradecimiento con extemporáneas ironías.

Fue necesario que esperara algunos minutos sentado, sosteniendo entre los dedos la garantía de mi dinero: un angulado papel amarillo con un ocho negro escrito. Dirían ocho y a cambio de la contraseña me entregarían la libreta en que constaban los fondos que había entregado a la entidad bancaria.

TIENES TOTALMENTE SEGURO TU MALDITO DINERO; ¿CÓMO JUSTIFICAS ENTONCES EL NÚMERO DE PÁGINAS ESCRITAS HASTA TERMINAR TU HISTORIA?

No es extraño que saliera del Banco alicaído y triste. Todo aquel complejo burocrático, aquella indiferencia hacia mí, el mecanismo con que el dinero pasó de mi mano sudorosa a una caja fuerte, donde quizá existiera refrigeración especial o acaso procedimientos ultramodernos para la conservación de los billetes, me arrebataron la ilusión puesta en ellos y me dieron ganas de ser otro, pobre y solitario, como siempre, pero más libre y, lógicamente, más lleno de esperanza. Me volví a mirar la fachada del edificio para grabarla bien en mi memoria, pues allí dentro se guardaba buena parte de mi yo futuro.

No es usted arriesgado al creer que después de mi triunfo no volví a escribir una sola línea. Poseía garantías de que sabía escribir; no había, pues, razón para continuar caminando hacia una meta lograda; por otra parte, el dinero alejó de mi cabeza—de mi corazón más bien—el fantasma de la patrona, de su voz, semejante a la de los supuestos ogros que asustan a los niños desde los receptores de radio. A pesar de esto, obré con notable prudencia, cosa insólita en mí, trocando en rápidos números la realidad cuantitativa de mi fortuna. Además, tenía pagada por anticipado una mensualidad en la pensión y me había comprado algunas ropas. De todos modos, comencé a eloborar un asunto que trasladaría al papel apenas llegado a mi habi-

tación. Tomé un tranvía, cosa que solamente cuando estoy triste o aburrido acostumbro a hacer.

Tenía ganas de sentarme, pero cedí el sitio que pudiera ocupar a una señora, al parecer, mucho más solícita que yo en procurárselo. Me empujaron al sentarse ella; un tipo bajo y musculoso apoyaba contra mi pecho su cabeza perfumada, de cabello negro y peinado con esmero excesivo. Estuve a punto de estornudar por el cosquilleo oloroso de su colonia y rocé, en un movimiento cortés de retención, con la tela exterior del bolsillo donde guardaba mi libreta el hombro del molesto vecino. Palpé cuidadosamente los bordes del pequeño cuaderno. No conseguí tranquilizarme de todos modos, y extraje con prudente disimulo el montoncillo de hojas, en una de las cuales, bajo la palabra genérica «saldos», aparecía escrita la cantidad entregada. En la misma línea, señalado con tinta morada, sobre la página contigua de la izquierda, aparecía el nombre del Banco; debajo, algunos garabatos ilegibles con tinta negra de bolígrafo. Considere mi buena capacidad de fijación. Sólo he olvidado apuntar el sitio que ocupaba la fecha: antes del nombre del Banco, justo en el ángulo opuesto a mi «saldo».

En la primera página de la libreta, junto a mi nombre y algunas otras ringleras de hermosas e inexpresivas palabras, habían escrito el número de mi cuenta, de mi fortuna, mi número. Era el ..... Hemos llegado. Aprendí ese número de memoria; lo copié en la letra D (dinero) de mi personal agenda telefónica... No sé cuál es.

## Luego perdiste la libreta y la guía

Fue un año más tarde. Hasta aquel momento ocurrieron muchas cosas en mi vida. No me refiero al proceso biológico de mi existencia, sino más bien al desarrollo de mi fama y, en justa secuela, de mis colaboraciones periodísticas; en una palabra, de mi fortuna.

Ya no me era preciso esperar en las antesalas de las redacciones, invitar a cerveza a un subalterno para que diera noticias de mí al redactor-jefe, rebuscar en los estercoleros públicos (permita la analogía) las informaciones por cuya exposición me dieran ciento cincuenta pesetas, menos descuentos. Todo eso entraba ya en el capítulo de primeros pasos, o como quiera llamarlo el encargado de sintetizar mi biografía. Cambiaron muchas cosas en mi carrera literaria a raíz del galardón primero. No es presunción decirle que llegué a publicar en los seis meses siguientes de tres a cinco trabajos semanales; por algunos de ellos no me pagaban ya la exigua cantidad, más bien

simbólica, sino un precio más justo, equitativo. Se me acogía con cortés deferencia; se me elogiaba tácitamente; subrayaban mi nombre al aparecer en las páginas impares del diario; incluso algún director me regaló cigarrillos americanos. Todo, como le digo, comenzó a proporcionarme un desconocido bienestar, merced al cual abandoné algunas de las que Angelines llamaba locuras y estuve a punto de enrolarme en la burocracia de las letras, para siempre ligado a la mesa de redacción de una revista de avicultura.

Le agradará saber que fue aquélla la época en que más grande fue mi amor a los hombres. Se borraron de mi mente las injusticias padecidas; el progreso económico me incorporó al ritmo de la clase burguesa y mi espíritu tuvo confianza en las instituciones político-sociales, al comprobar que un ciudadano probo y digno, como yo era, tenía incontables posibilidades de verificar sus ideales, etc.

La libreta desapareció un año después. Para entonces, mi situación llegada a la cima de su propio desarrollo, había comenzado a descender de un modo no diré alarmante, pues es un adjetivo tópico, pero sí entristecedor. El furor que mi éxito literario causó, el vientecillo con que revolvió folios y galeradas en los periódicos se disipó rápidamente. La fama, tan huidiza, como ya muchos escritores la han calificado, huyó de mi nombre, que tornó a aparecer, demasiado espaciadamente, sin el cimiento de la rayita negra, en las páginas pares.

De la polvareda de mi premio —gloriosos restos los hubiera calificado en otro relato menos verídico y personal— quedó un puñado reducido de billetes, que me apresuré a asegurar tras las misteriosas ventanillas del Banco. En seguida una nueva cifra, de un guarismo menos, se colocó bajo la otra en mi cartilla de ahorros. Confieso que fui un iluso al pensar (de nuevo en el tranvía, palpando tímidamente el canto del cuadernillo, «siéntese usted, por favor») que si trabajaba como en este tiempo pasado, abandonaría la idea de la moto y la prestancia social que pudiera darme, para trocarla por la imaginaria y actualizada (como todas mis ideas) de la adquisición de un piso decoroso en una moderna zona de la capital, al que, si todo seguía su curso razonable, llevaría, a no tardar, a mi esposa, para en adelante... Y perdí la libreta.

YA. ¿DÓNDE? ¿ALLÍ MISMO?

Si lo supiera.. Si lo supiera, ¿qué? Nada, nada tampoco. Es inútil. A ver: ¿por qué me pregunta que dónde perdí la libreta de ahorros? ¿Quiere burlarse, oiga? ¡Bastante sé yo! No; bastante, no: nada.

No sé nada. Yo no sé nada. Iba en el tranvía, es cierto, al igual que en otras ocasiones tristes o aburridas. Alguién se apoyaría en mi pecho, así como en mi espalda o en mis costados. Alguien despediría un olor ácrido o pestilente. Una señora correría ridículamente para ocupar un asiento libre en aquel momento, mientras quien se disponía a hacer otro tanto (yo no; soy bastante despistado) la miraría con odio. Seguramente me inclinaría sobre la ventanilla abierta—estamos en verano—para contemplar gozosamente a una muchacha hermosa que caminase por la acera, un automóvil escandaloso o la ira de un guardia de la circulación. Pudo caerse. La libreta, sí. Pudieron quitármela. ¿Y para qué? ¿Sirve para algo una libreta robada? Tal vez. Yo era yo, yo soy yo, desde luego; pero ¿no podía cualquier otro hurtar mi escueta grafía al firmar sin rúbrica, incluso mis trajes raídos? (no hurtar mis trajes, pues no tenía más que uno, sino su aspecto). ¿No podía ese cualquier otro presentarse en el Banco y cobrar mi dinero, mi propio dinero, falsificarme? ¿Cómo quiere que sepa dónde la perdí? ¿Cómo osa repetirme esa maldita pregunta?

Del tranvía bajé en la parada de costumbre, por la puerta delantera, como siempre, y me dirigí, al igual que todos los días, calle arriba (observe que todo, absolutamente todo, se realizó según un hábito contraído un par de años atrás, es decir, desde mi llegada a la ciudad) para alcanzar la puerta de la pensión. Leí un periódico mientras llegaba la hora de la cena. No recuerdo en qué consistió, pero es de suponer que la patrona pondría ante mi estómago desfalleciente, bajo la rápida deglución de saliva, una sopeja amarillenta e insípida—concentrada—, seguida de un par de solitarios huevos fritos, tras los que me estaría permitido saborear una naranja sin jugo o un plátano raquítico.)

Le hago notar que lo mismo hablando del tranvía que en las últimas líneas escritas, he utilizado el tiempo verbal condicional simple, con lo cual he conseguido explicarle algo no que estaba simplemente condicionado, sino que pudo haber ocurrido, pero por cuyo acaecimiento no pondría mis manos en el fuego.

Apenas hube acabado lo que mi patrona llamaba postre, corrí a tumbarme desnudo sobre las sábanas, no sin antes haber atrancado la puerta de mi habitación. ¿Cómo voy a responder a sus preguntas si al día siguiente no encontré por ninguna parte mi cartilla de ahorros? Le he narrado mis pensamientos de aquella mañana, ante los que obligué a desfilar, rigurosamente ordenados, los actos de mi última tarde; ¿ha conseguido averiguar en qué sitio concreto desapareció la cartilla? No; ya lo sabía. Y en caso afirmativo, de bien poco había de servirnos. ¿Acaso la empresa que explota los transportes urbanos

iba a devolverme el dinero, supuesto que desapareciera su signatura en el tranvía? Temo que ante la sola pregunta se ría de mí, como se reirían los graves funcionarios si un pobre desheredado como yo les exigiera responsabilidades de este tipo.

## ¿QUIÉN TIENE, PUES, LA CULPA?

No existía el menor peligro de que me pasara por alto el culpable de esta historia, el causante, por así decirlo, de su lamentable desarrollo. Aunque ella sea verídica —también verosímil, ya que puede ocurrirle a usted mismo o a un conocido suyo—, no puede carecer de un culpable. A mi juicio, y tras lento análisis de hechos y personas, el culpable, y quien, por consiguiente, sufrirá el correspondiente oportuno castigo, es ni más ni menos el Banco. Me ha sido imposible consultar con abogados por temor a los honorarios crecidos que (en su lenguaje) devengan. Solamente he aceptado la opinión de Angelines, en parte por quien ella es y no menos porque está perfectamente concorde con la mía. Así, pues, el culpable no de que extraviase mi libreta, sino de cuanto ocurrió y usted conocerá por los renglones siguientes, fue rotundamente el Banco.

A él acudí incluso antes de que abriera sus hermosas puertas plateadas. Paseé de un lado a otro por la acera, pensando (ya en aquellos azarosos instantes) trasladar al papel la misma historia que usted se apresta a criticar. Por un impulso en cierto modo lógico me acerqué al mismo individuo aparentemente risueño, tal vez debido a la curiosa movilidad de su recortado bigote negro. Mis palabras debieron de ser por demás sencillas y circunspectas. Para recabar su atención iniciaría mi dificultad con alguna interjección impropia, como ¡oiga!, ¿sabe?, o con algún saludo tímido y cortés.

—¡Su número! —exclamó el hombre, al mismo tiempo que pasaba entre sus dedos pulgar e índice un considerable montón de billetes verdes y terrosos, sin darle importancia al trabajo —más bien placer— de su vida, cuyos minutos transcurrían de manera tan blanda y licuescente.

—¿Mi número? —debí de decir. ¿Cuáles, en fin, hubieran sido sus palabras en este caso? Más o menos, las mismas; admítalo. ¡No estamos en un campo de concentración! Comencé a temer algo y a dudar poderosamente del aspecto risueño del empleado.

—El número de su libreta, ¿lo recuerda? ¿Lo recuerda, eh, lo recuerda? Ja, ja, pues no faltaba más. ¿Eh, lo recuerda? Dígame,

¿lo recuerda? Por favor, señor mío, ¿sabe?; no tengo otro remedio que preguntarle; ¿lo recuerda? ¡Oiga!, ¿eh?

—Sí, sí, lo he apuntado —respondí.

Cogí mi cartera para sacar de ella el pequeño listín de teléfonos. Ah, aquí lo tengo, claro. Bueno, debí de haberlo metido en el compartimiento de la izquierda, usted sabe... También a mí me resulta poco menos que absurdo lo que voy a contarle. Esto no es ya verosímil, aunque sí real. Ya sabe por dónde voy. ¿Cómo pude haber perdido las hojitas cortadas en su extremo lateral, de tal modo que apareciesen dos a dos las letras del abecedario?

Solía guardarlas en el interior de la cartera, y la única posibilidad aceptable es que se me olvidaran en un teléfono público. En ellas estaban apuntados los números de todos los periódicos y revistas de la ciudad (que usaba con escasa frecuencia), el de la pensión, el de Angelines y creo que ningún otro. En cuanto a los primeros, nada costaría reponerlos; el de la pensión era inútil, pues hacía más de dos meses que estaba cortado el cable transmisor y nadie se preocupaba de arreglarlo; el de Angelines lo sabía de memoria. Todo esto indica a la par que nada me dolía su pérdida y que tal vez acaeciera ésta muchos días antes, cuando yo no pensaba en aquel manojo de números sin utilidad aparente. Lo había perdido, pues.

Lo he perdido.

—¿El número?

—Sí.

—No lo recuerda, quiere decir.

—Eso, no lo recuerdo.

—Tomaré su nombre y trataremos de solucionar su problema. Vuelva dentro de un mes.

—¿De un mes? Necesito...

—O antes... Mejor, después.

Ahora yo debo marcharme, fijando mis ojos en el mosaico gris, en el que nada se refleja porque está cubierto de aserrín húmedo, removido por el aspirador de la mujer de la limpieza; debo susurrar alguna especie de confiada despedida; humillar mi tristeza ante el empleado de recortado bigote; debo, en fin, alejarme levemente cabizbajo, pero lleno de esperanza en el fondo, ya que este empleado me solucionará el problema, según dijo él. No obstante, estoy mirándole con aire fácilmente calificable de idiota, y le digo:

—¿Después? Necesito...

—Eso creo —responde.

Me ha sonreído, como es su deber, antes de alejarme, de perderme, y me arriesgo a emplear esta palabra, que, de seguro, le resultará

hiperbólica y, por tanto, inadecuada. ¡Todo se pierde aquí! La mía es, en efecto, una perdición de índole moral, bajo cuya dictadura sufrí los días que desde el «eso creo» del empleado han transcurrido hasta esta tarde, en que dejo testimonio razonado de mi ulterior comportamiento. Dos meses. En ese tiempo he realizado más de quince viajes en tranvía con idéntica parada: el Banco. Todavía no sabemos nada. Todavía no sabemos nada. Todavía no sabemos nada. Quince viajes —más—, quince veces lo mismo —más—. Debo incluir en esta página una somera descripción de cómo han sido para mí los intervalos entre ese inconcreto número de desplazamientos urbanos. El otoño se ha iniciado anteayer. Si antes no era fácil colocar unas pocas cuartillas en las redacciones de los periódicos, cuyas plantillas se notaban reducidas gracias a las vacaciones estivales, ahora resulta prácticamente imposible. Mis éxitos —mi éxito, perdón— son documentos sin ningún valor ante directores y administradores.

(Nota: La patrona, al enterarse de mi pobre acontecimiento, me ha increpado duramente: «No debería haber dejado su dinero en el Banco; las Cajas de Ahorros conceden premios en sorteos, dan un tanto por ciento más elevado y solucionan en seguida problemas como el suyo; allí tengo yo mis ahorros.» Ignoro detalles; perdone.)

Lejos de mí evocar la tragedia. He pasado hambre. Actualizado: paso hambre. Lamento tener que interpolar en mi relato esa vaciedad del estómago, que, curiosamente, produce un peso agridulce en la garganta, aligera hasta lo indecible los miembros y termina por fijarse en la cabeza como un dolor retorcido, acuoso y pegadizo. El mes pasado, cuyo último día coincidió con el comienzo de esta historia (brevemente: ayer), pagué a la patrona lo estipulado por cama y habitación, prometiéndome a mí mismo buscarme la comida como fuese, en restaurantes o... Que buscara no significa que haya encontrado; el hambre me está ocupando la cabeza ahora, y mi decisión de conseguir como sea el propio dinero no es otra cosa que un lógico corolario de ella. Siendo casi rico, ¿cómo puedo sufrir hambre? No le costará ningún esfuerzo cuando mañana se entere (acaso es presunción creer que los periódicos se han de fijar en mi parca hazaña) de que ha desaparecido de un Banco cierta cantidad, justificarme y sonreír con tranquilidad de corazón, pues ello no se habrá debido a prejuicios, incomprensiones, desequilibrios o inadaptaciones por mi parte, sino a un legítimo derecho a gozar de lo que gané con poco esfuerzo, es verdad, pero con honesta dignidad.

Más bien sí. Observe: debo planearlo con cierto cuidado. Llego al Banco en el momento de mayor tráfago; llego con mi apariencia humilde, desconfiada y triste; paso, pues, desapercibido. No me siento en ningún sitio, ni me detengo a hablar con nadie, ni pongo demasiado interés en mis ojos. Indudablemente, el calor del mediodía se deja sentir entre los grupos de hombres graves, que se comportan como es preciso, como es propio en estos casos y queda ya descrito. Algún empleado se ha quitado la chaqueta antes de prender un cigarrillo; pero no me ocupo en mirarlos o en analizar sus desenfadados movimientos. Me doy cuenta, en primer lugar, de que no existe ante su correspondiente ventanilla un individuo risueño con bigote; es una decepción, desde luego. No se debe a que haya muerto (también pudiera haber ocurrido el óbito de un tío suyo, el nacimiento de su tercer hijo, un accidente de importancia padecido por su esposa, una gripe repentina que lo mantuviera en cama, etc.); no se debe a ninguna de estas causas, porque, como habrá notado, no soy tan pobre en ideas como para ir a robar al mismo Banco donde se me conoce sobradamente. Estoy en una sucursal de parecida fachada e idéntico interior.

De pronto concentro mi simulada pero fina atención sobre un empleado gordo que va con una canastilla llena de dinero de un sitio a otro, hablando aquí y allá. No conozco cuál es su cometido y sería posible que ocupara el difícil puesto por su eficacia, buenos modos y agilidad. A mí me basta comprender que su gordura es un tanto inofensiva para organizar mis movimientos. Cuando llena o vacía la canastilla, reposa ésta indiferente sobre los mostradores, mientras él descuida medio minuto su trabajo para decir alguna palabra a su compañero de al lado.

Estará usted de acuerdo conmigo en que no es imposible acercarse con aparente despreocupación, apoderarse de uno o dos fajos de dinero y alejarse con cuanta rapidez y disimulo sean aconsejables. Naturalmente, robos así, tan sencillos, no se exponen en las películas. Tampoco un narrador que se precie escribe un asunto tan falto de complicaciones. Yo mismo he planeado hurtos de enorme complejidad, para desarrollar los cuales me han sido precisas numerosas páginas. Aquí opto por un método simple, ni más ni menos, porque es el que pretendo utilizar. No hace dos meses se llevó un ladrón doscientas mil pesetas de modo semejante: Banco lleno, gente animosa, acercamiento a la ventanilla, etc. En los periódicos se apuntó que el Banco estaba detrás de la Dirección General de Seguridad, vivero de policías,

en el centro de Madrid. ¿Quiere creer que todavía no lo han capturado?

Mi procedimiento ha sido pensado delicadamente, sépalo. He conseguido dos fajos de billetes, seguramente más de lo que me corresponde. Cogeré lo mío, una prudente cantidad por prejuicios y lo demás lo entregaré a los pobres. Robar un poco de dinero a quien tanto tiene —he debido escribir sobra— para comer unos cuantos hombres hambrientos no es una mala acción. ¡Je, ahora mismo voy a tomarme un desayuno solemne! Pienso estas cosas mientras se deslizan maquinalmente mis pies hacia las amplias puertas, por las que entra un sol cegador. Ese sol se nublará cuando yo salga. Un segundo. Oigo voces a mi espalda, voces duras y lejanas que se me acercan y me anudan el cuello y me dan empellones por la espalda. Llevo los billetes bajo la axila, escondidos por una gabardina cenicienta; siento que su peso me impulsa asimismo en dirección a la calle. Fugazmente pienso que es deber de mi dinero permanecer a mi lado; me alegro. No tenía esa intención, pero corro ágilmente; siento el golpe del sol sobre mis pupilas y nuca; tropiezo tontamente con los transeúntes. Las voces son más acres por momentos y se oye el chasquido de partículas de polvo al ser aplastadas sobre el mosaico por suelas nerviosas y perentorias. Seguramente una confusión dolorosa acoge con el sol a cuantos salen del Banco tras de mí. ¿Quién soy yo? Entre la gente vagabunda del mediodía, bajo al Metro, ocupo allí un piadoso rincón...

¡CONSEGUISTE ESCAPAR!

He hablado involuntariamente en tiempo presente; le ruego me disculpe y retroceda al momento actual, tarde del día anterior, en que le comunico mi decisión y los motivos que a ella me han llevado. Todavía he de esperar toda una noche, luchando en mi cuerpo el sueño y el hambre, dos muertes bullentes. Confío en que sea la última lucha y la última derrota. (He de puntualizar que no me refiero analógicamente a sentimientos individualizados y congruentes; en esta lucha, gane el hambre o el sueño, siempre pierdo yo; esto resulta evidente.)

Caso de que me azare en el momento de introducir mi mano —la derecha, sin duda— en la repleta canastilla, o en cualquier otro segundo de mi actuación, utilizaré ante los tribunales esta historia (me procuraré testigos que defiendan la verdad: que fue escrita antes, hoy). Mas estas divagaciones son inútiles. Usted —ahora que lee— conoce por los periódicos el curioso robo, sin haber imaginado que

el sujeto fuese un joven escritor estafado y hambriento. Se lo he contado procurando no incidir en retóricas y huyendo de habituales trucos literarios, no para inciensar mi orgullo por haber obtenido un triunfo en campo tan desconocido para mí, sino para justificar mi actuación, cosa que supongo haber conseguido plenam... Un momento; me llama la patrona... Era el teléfono: Angelines. Ya ve: han arreglado el aparato hace algún tiempo y yo sin utilizarlo. ¿Para qué? ¿Iba a llamar a Angelines y quedar en feo al no invitarla a cualquier cosa por falta de dinero? Así que me había enfadado con ella... Bien. Me dice que la llama un desconocido. Ha encontrado una pequeña guía de teléfonos entre los que aparecía el suyo. En ella está también el número de mi libreta de ahorros, el 01/00-238384; ya ve. Puedo describirle mi alegría (reconozco que en el fondo sentía miedo; ya lo habrá notado); describirle los sentimientos que embargan mi alma ante el repentino arreglo de la situación... Lamento no tener ganas de hacerlo; he dejado el teléfono descolgado para venir a avisarle. Ahora volveré a él, con el fin de invitar a Angelines a merendar mañana —una buena merienda— y decirle alguna palabra bonita.

Jesús Torbado
Polígono I, 61, Moratalaz
Madrid-18